

HISTORIA Y PROVIDENCIA

POR

GUSTAVE THIBON.

Acabo de terminar la lectura de una obra docta, debida a la pluma de un eminente eclesiástico italiano, acerca del emperador Juliano, llamado el apóstata. Es sabido que este monarca, nacido y criado en el cristianismo, renegó de su fe al subir al trono e intentó vanamente, restaurar el paganismo. Esto sucedía en el siglo cuarto de nuestra era, cincuenta años después de la paz de Constantino.

Este libro, admirablemente documentado y de una objetividad irrefutable, no deja de iluminar ninguno de los rasgos positivos o negativos de la inquietante y seductora figura de Juliano. Pero al llegar a la última página, en la cual el autor hace un juicio de conjunto acerca de Juliano y su obra, me ha sobresaltado una frase. Hela aquí: «Nadie en la hora presente pensaría pedirle cuentas a Juliano por su apostasía; ésta no interesa más que a su conciencia ... Lo que se le puede legítimamente reprochar es el haber sido un retrógado, un hombre que tenía la nostalgia de tiempos irremediamente superados ...»

Pienso, como el autor, que no tenemos por qué juzgar la apostasía de Juliano, porque es un asunto únicamente entre Dios y él. Lo que me desconcierta, en boca de un cristiano y de un sacerdote, es una crítica que se limita únicamente al reproche de anacronismo. E inmediatamente hago esta pregunta: ¿Fue el error de Juliano, oponerse al cristianismo en cuanto corriente sociológica dominante en su época, o bien en cuanto revelación de la verdad eterna? En otros términos, ¿fue sólo «por añadidura» que Juliano volvió la espalda a Aquel «que nació del Padre antes de todos los siglos» y que ha dicho: «el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»?

La pregunta resulta hoy tanto más decisiva por cuanto asistimos a un fenómeno análogo, aunque de sentido contrario. En muchos países y para muchos hombres, el cristianismo representa, respecto de las nuevas visiones del mundo (el marxismo en particular), lo que el paganismo representaba, en tiempos de Juliano, en relación al cristianismo naciente: la mustia prolongación de un pasado ya condenado por la historia. Así lo testimonia la carta que recibo de un amigo de América del Sur que fue hasta ahora un filósofo católico: «todo nos prueba —me escribía anunciándome que ha perdido la fe y abandonado la Iglesia— que el ciclo cristiano de la historia ha terminado».

El paralelismo es impresionante. El paganismo había llenado su tiempo en el siglo IV. A los ojos de muchos, el cristianismo ha colmado su tiempo en el siglo XX. Obstinarse en prolongar su agonía es caer en el mismo vicio que Juliano. Hay que marchar con el tiempo de cada cual y adorar a los nuevos dioses ...

Los hombres han sido siempre propicios a embalsarse con lo nuevo y a inclinarse ante el éxito. Pero esta tendencia innata se encuentra hoy en día reforzada y orientada en sentido único por una nueva teología, que se resume en los dos dogmas siguientes:

a) La historia es una divinidad en marcha que conduce infaliblemente a la humanidad hacia una perfección y una felicidad mayores. En conjunto, lo de hoy es mejor que lo de ayer y lo de mañana será mejor que lo de hoy.

b) Esta marcha se opera necesariamente hacia la izquierda, o más bien hacia todo lo que lleva una etiqueta de izquierda, incluidas las peores formas de la anarquía y del totalitarismo.

Y de esta teología fluye una nueva moral, con estos dos preceptos: seguir el movimiento y alinearse por la izquierda. Un reloj que atrasa y una brújula insuficientemente imantada hacia la izquierda son los dos símbolos del pecado contra el espíritu.

Esta mitología del sentido de la historia es el arma ideológica más eficaz de la subversión. Se nos persuade, con gran acompañamiento de propaganda, que la evolución de la humanidad hacia la democracia popular de tipo ruso o chino, representa no solamente un avance en el orden de la verdad y del bien, sino que, por añadidura,

es absolutamente inevitable y que sería tan absurdo oponerse a ella como querer interrumpir la gravitación de los astros en el firmamento. ¡Cuántas veces he oído argumentos de este estilo: «la revolución está inscrita en la historia; si no se hace con ustedes, se hará sin ustedes y contra ustedes, pero no se librarán de ella. Las oportunidades están aún abiertas y, sin embargo, ya están determinadas».

Ese virus ideológico, al penetrar en ciertas conciencias cristianas, ha causado en ellas una grave alteración de la noción de Providencia. Hablaba yo recientemente con un joven católico ferviente, pero alocado por el temor de no estar bastante al día o al tanto, el cual me decía: «¿Acaso todo lo que sucede en la historia no es querido por Dios? Sí, pues, como parece verosímil, vamos al triunfo del marxismo, ¿no habría que ver, en este acontecimiento, un signo de la aprobación divina y, por vía de consecuencia, una indicación favorable a un «aggiornamiento» de la religión en el mismo sentido?».

Le he contestado: efectivamente, nada sucede aquí abajo sin el consentimiento divino. Pero, ¿desde cuando el éxito es un signo de aprobación divina y una razón suficiente de «apertura» a las doctrinas de los vencedores? Un solo ejemplo: Dios no se ha opuesto, en el siglo VII de nuestra era a que la religión nacida del Corán suplantara al cristianismo en más de la mitad del mundo conocido. ¿Hubiera esto justificado (hablo en condicional, porque el hecho no se produjo) una «puesta al día» de la verdad evangélica en función de las enseñanzas de Mahoma? Y, sin embargo, la distancia es infinitamente menor entre la fe islámica y la fe cristiana que entre ésta y la fe marxista ...

Los teólogos nos enseñan que Dios no quiere positivamente más que el bien, pero que, respetuoso con la libertad de su criatura, permite el mal. Entonces, ¿cómo distinguir y escoger entre el bien que quiere y el mal que permite? El criterio no está en la historia, es decir, en el éxito o fracaso temporales, sino en nuestra conciencia, reflejo de Dios en el hombre, que juzga las cosas del tiempo según los principios inalterables de la verdad, de lo justo y de lo bueno, de las cuales la patria y la fuente radican por encima de tiempo.

Todo se resume en la palabra del Evangelio: «Por los frutos los conoceréis.» Y si los frutos son malos, es decir, si el hombre, fasci-

nado por unos ídolos, da la espalda a su vocación divina, nada podrá impedirnos constatar y proclamar su nocividad, cualquiera que sea el vigor aparente del árbol y la inmensidad del territorio espacial que cubra con su sombra. Esta advertencia cobra toda su fuerza si se repara que el Evangelio nos dice que llegarán un día falsos profetas capaces de seducir, si fuera posible, incluso a los elegidos ...

En cuanto al reproche de no marchar con su tiempo, responderé que la mejor manera de estar presente en su siglo no es abrazar sin discernimiento sus más vistosas y ruidosas corrientes, sino prevenir y corregir sus desviaciones. ¿Acaso hay, por ejemplo, una tarea más actual —en el sentido de que responde a una necesidad profunda y urgente de nuestra época— que la de proteger la naturaleza contra los efectos de la polución; o el amor de los sexos contra el desencadenamiento del erotismo? O también, ya que hemos hablado de religión, ¿que la de defender el contenido eterno de la fe contra la idolatría de la historia?